

D. RAMÓN GARCÍA DOMÍNGUEZ
Honduras, 2 -4º E
47014 VALLADOLID

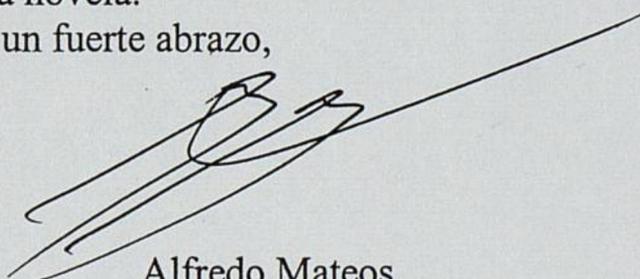
Valladolid, a 22 de agosto de 2000

Querido Ramón:

Esta sería la armazón del cuadernillo-guía, convenientemente ilustrado, que proporcionaríamos a los paseantes de "La Ruta de *El hereje*". Como te dije por teléfono, todo lo que figura ahí es modificable, y te rogaría que me indicaras cuanto consideres oportuno.

No sé si el empeño que describen las palabras de Alberto Gutiérrez está conseguido: contribuir a una vivencia mayor de Valladolid gracias a *El hereje*, encarnando sus páginas en la ciudad de hoy sin traicionarlas. Ójala que a Miguel Delibes le agrade esta aproximación a su extraordinaria novela.

Recibe un fuerte abrazo,



Alfredo Mateos
Gerente



D. RAMÓN GARCÍA DOMÍNGUEZ
Honduras 3-74 E
1-7014 VALLADOLID

Valladolid, a 22 de agosto de 2000

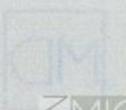
Querido Ramón:

Esta sería la versión del cuadernillo-guía
convencionalmente llamado, que proporcionaríamos a los
pasantes de "Las Rutas de El Arte". Como te dije por
teléfono, todo lo que figura ahí es modifiable y te rogaria
que me indicaras cuanto consideras oportuno.

No sé si el empuje que despiertan las palabras de
Alfredo Gutiérrez está conseguido; contribuir a una vivencia
mayor de Valladolid gracias a El Arte, encaminando sus
pasajes en la ciudad de hoy sin transiciones. Ojala que a
largo plazo debiera ir siendo esta aproximación a su
actualización novel.

Respecto en tuerte abraza

Alfredo Martínez
García



La ruta de El Hereje

en

Valladolid

La ruta de El Hoyo

ms

Valladolid

LA RUTA DE EL HEREJE

PRESENTACIÓN

MAPA

I. **La novela. *Visión crítica de Ramón García.***II. **El Valladolid del siglo XVI en *El hereje.***III. **La Ruta de *El hereje* por Valladolid
Hitos principales**

1. LA CASA DE LOS SALCEDO. LA CORTE Y LA IGLESIA.
Pl. de S. Pablo
2. EL MUNDO DE LOS LETRADOS
Palacio Licenciado Butrón, Pl. de las Brígidias.
3. LA NOBLEZA Y LA ASPIRACIÓN NOBILIARIA
Pl. Fabio Nelli.
4. EL ALMACÉN DE LA JUDERÍA Y EL HOSPITAL DE EXPÓSITOS
Pl. de la Trinidad.
5. LOS CONVENTOS IMPLICADOS EN LA REFORMA
Convento de Sta. Catalina, C/ Sto. Domingo de Guzmán.
6. EL ENTIERRO DE LEONOR DE VIVERO
La Capilla de Fuensaldaña.
7. LA CASA DE ALONSO BERRUGUETE
C/ San Benito
8. LA TABERNA DE GARABITO, LA CASA DE ORATES Y EL CRUCE CON LA
COMITIVA REAL
Pl. Fuente Dorada
9. EL AUTO DE FE
La Plaza Mayor
10. LA PRÉDICA DEL DR. CAZALLA
La iglesia Santiago
11. EL QUEMADERO
La Plaza Zorrilla.

LA RUTA DE EL HEREDERO

PRESENTACIÓN

MARIA

- I. La novela. Nudo central de Ramón García.
- II. El Valladolid del siglo XVI en El heredero.
- III. La Ruta de El heredero por Valladolid.
Hitos principales
1. LA CASA DE LOS SACERDOTE, LA CORTE Y LA IGLESIA.
Pl. de S. Pedro
2. EL MUNDO DE LOS LETRADOS.
Plaza Licenciado Buitón, Pl. de las Brígidas
3. LA NOBILITACIÓN Y LA ASPIRACIÓN NOBILIARIA.
Pl. Fabio Nelli
4. EL ALMACÉN DE LA JUDEORÍA Y EL HOSPITAL DE EXÓFITOS.
Pl. de la Trinidad
5. LOS CONVENCIENTOS IMPLICADOS EN LA REFORMA.
Convento de Sta. Catalina, C/ Sta. Domingo de Guzmán
6. EL EMPLEO DE LEONOR DE VIVERO.
La Cañal de Buenafuente
7. LA CASA DE ALONSO BERRUETE.
C/ San Benito
8. LA TABERNA DE GARABITO, LA CASA DE GRATES Y EL CRUCE CON LA
COMUNIDAD REAL.
Pl. Fuente Dorada
9. EL AUTO DE FE.
La Plaza Mayor
10. LA PRÉDICA DEL DR. CAZALLA.
La Iglesia Santiago
11. EL QUESADERO.
La Plaza Compañía

PRESENTACIÓN

La dedicatoria que aparece al frente de la novela *El hereje* de Miguel Delibes responde al estilo del autor, parca y significativa: "A Valladolid, mi ciudad". Al realizar esta "Ruta de *El hereje*" hemos pretendido, en alguna medida, corresponder a Miguel Delibes imbricando en nuestra ciudad la historia y los personajes de su novela, de tal forma que no puedan separarse. Los hombres, piensa Pascal, sólo son capaces de ver lo que les rodea gracias a las representaciones. "Un retrato", escribe, "porta ausencia y presencia, placer y displacer. La realidad excluye ausencia y displacer". A través de esta novela de Miguel Delibes podremos ver nuestro Valladolid actual, porque nos habla de ausencias y dramas de nuestra historia sin los cuales no es posible percibir nuestro presente.

Debido a esa mezcla entre la historia y la novela, entre el Valladolid de ayer y el de hoy, hemos configurado también esta guía como una suma de indicaciones para contemplar y recordar al mismo tiempo, y que el paseante pueda sentir, tras alguna ventana o junto a una esquina, la presencia de alguno de los personajes de *El hereje*. Por ello, tras las breves notas, siguen las palabras protagonistas de Delibes, las auténticas claves para *re-conocer* este recorrido por Valladolid.

Esta ruta es, pues, una reunión de fragmentos de páginas y calles. Una invitación, en suma, a vivir a fondo la novela y leer mejor a Valladolid.

ALBERTO GUTIÉRREZ ALBERCA
Concejal de Cultura

PRESENTACION

La dedicatoria que aparece al frente de la novela El Heraldo de Miguel Delibes responde al estilo del autor, parco y significativo: "A Valladolid, mi ciudad". Al realizar esta "Nota de El Heraldo" hemos pretendido, en alguna medida, corresponder a Miguel Delibes imbricando en nuestra ciudad la historia y los personajes de su novela, de tal forma que no puedan separarse. Los hombres, desde Pascal, sólo son capaces de ver lo que les rodea gracias a las representaciones. "Un teatro", escribió, "para suscitarnos y presentarnos, placer y dolor". La realidad existe siempre y siempre. A través de esta novela de Miguel Delibes podemos ver nuestro Valladolid actual, porque nos habla de suscitarnos y de presentarnos sin los cuales no es posible percibir nuestro presente.

Debido a esa mezcla entre la historia y la novela, entre el Valladolid de ayer y el de hoy, hemos conseguido también esta vez como una suma de indicaciones para contemplar y recordar el nuestro tiempo y que el pasado pueda sentir, tras alguna ventana o junto a una estatua, la presencia de alguno de los personajes de El Heraldo. Por ello, tras las breves notas, siguen las palabras protagonistas de Delibes, las auténticas claves para re-conocer este recorrido por Valladolid.

Esta vez es, pues, una reunión de fragmentos de páginas y calles. Una invitación, en suma, a vivir a fondo la novela y leer mejor a Valladolid.

ALBERTO GUTIERREZ ALBERCA
Consejal de Cultura



FINAL

ORIGEN

MD

SORIA

- LEY**
- Museo
 - Estatuq
 - Edificio Religioso
 - Información Turística
 - Hotel
 - Hotel Residencia
 - Hostal
 - Hotel Residencia
 - Asistencia Sanitaria

LOS PALARILLOS

LA PILARIGA



DM

I.- La novela

[Visión crítica de Ramón García]



La vida de El Negro

I - La novela

[Visión crítica de Ramón Gual]

II.- El Valladolid del s. XVI en *El Hereje*.

"Asentada entre los ríos Pisuerga y Esgueva, la Valladolid del segundo tercio del siglo XVI era una villa de veintiocho mil habitantes, ciudad de servicios a la que la Real Chancillería y la nobleza, siempre atenta a los coqueteos de la Corte, le prestaban un evidente relieve social. Con el Duero, Pisuerga y Esgueva, antes de desmembrarse éste en los tres brazos urbanos, daban acogida, por un lado, a las casas de placer de la aristocracia, mientras facilitaban, por otro, una suerte de muralla natural a los periódicos asedios de la peste. El recinto propiamente urbano estaba circuido por huertas y frutales (almendros, manzanos, acerolos) y éstos, a su vez, por un círculo más amplio de viñas, que se extendían en ringleras por los cerros y el llano, hasta el extremo de que las calles de cepas, revestidas de hojas y pámpanos en el estío, cerraban el horizonte visible desde el Cerro de San Cristóbal a la Cuesta de la Maruquesa."

"Encajonada entre los dos ríos, la villa, de pequeñas dimensiones (donde, al decir de las gentes de la época, cuando el pan encarecía había hambre en España), componía un rectángulo con varias puertas de acceso: la del Puente Mayor al norte, la del Campo al sur, la de Tudela al este y la de la Rinconada al oeste. Y salvo el cogollo urbano, empedrado y gris, con una reguera de alcantarillado exterior en el centro de las rúas, la villa resultaba polvorienta y árida en verano, fría y cenagosa en invierno y sucia y hedionda en todas las estaciones. Eso sí, allí donde la nariz se arrugaba, la vista se recreaba ante monumentos como San Gregorio, la Antigua y Santa Cruz o los recios conventos de San Pablo y San Benito. Calles estrechas, con soportates a los costados y casas de dos o tres pisos, sin balcones, con comercios o tallercitos gremiales en los bajos, Valladolid ofrecía en esta época, con su vivo tráfago de carruajes, caballos y acémilas, un aspecto casi floreciente, de manifiesta prosperidad".

"Cipriano Salcedo fue uno de los muchos vallisoletanos que, mediado el siglo XVI, creyeron que la instalación de la Corte en la villa podía tener carácter definitivo. Valladolid no sólo rebotaba de artesanos competentes y nobles de primera fila, sino que las Cortes y la vida política no daban ninguna impresión de provisionalidad. Al contrario, una vez llegado el medio siglo, el progreso de la ciudad se manifestaba en todos los órdenes. Valladolid crecía, su caserío desbordaba los antiguos límites y la población aumentaba a un ritmo regular. "No cabemos ya dentro de la muralla", decían orgullosos los vallisoletanos. Y ellos mismos se replicaban: "Construiremos otra mayor que nos acoja a todos". Un visitante flamenco, Laurent Vidal, decía de ella: "Valladolid es una villa tan grande como Bruselas". Y el ensayista español Pedro de Medina medía la belleza de la Plaza Mayor por los huecos que ofrecía al exterior: "¿Qué decir —escribía— de una plaza con quinientas puertas y seis mil ventanas?". Pero, doblado el medio siglo, la construcción, activa ya desde 1540, se aceleró, se acabaron de urbanizar las Tenerías, frente a la Puerta del Campo, y se levantaron importantes edificios más allá de las puertas de Teresa Gil, San Juan y la Magdalena. Las puertas de Santa Clara perdieron pronto su carácter agrícola y se convirtieron primero en solares y, luego, en casas de pisos con balcones de herraje, formando un barrio que corría paralelo al río Pisuerga."

II - El Vallado del s. XVI en El Valle

"Acusada entre los rios Pisuerga y Esgueva, la Vallado del segundo tercio del siglo XVI era una villa de veintinueve mil habitantes, ciudad de servicios a la que la Real Chancillería y la nobleza, siempre acerta a los copuladores de la Corte, le prestaban un evidente relieve social. Con el Duque, Pisuerga y Esgueva, antes de desmembrarse ésta en los tres tercios nobles, debían acoger, por su lado, a las casas de placer de la aristocracia, mientras recibían, por otro, un sueldo de familia natural a los periódicos asedios de la peste. El terreno propiamente urbano estaba circuido por huertas y frutales (almendros, manzanos, perales) y éstos, a su vez, por un cinturón más amplio de viñas, que se extendían en franjas por los cerros y el llano, hasta el extremo de que las calles de cepas, revestidas de hojas y pámpanos en el caso, mostraban el horizonte visible desde el Cerro de San Cristóbal a la Cuesta de la Magdalena."

"Hacemos como los dos rios, la villa, de pequeñas dimensiones (donde, al decir de las gentes de la época, cuando el pan encarecía había hambre en España), componía un terruño con varias puertas de acceso: la del Puente Mayor al norte, la del Campo al sur, la de Tudela al este y la de la Ribera al oeste. Y salvo el cogollo urbano, encerrado y rico, con una reguera de alcantarillado exterior en el centro de las rias, la villa resultaba polvorosa y árida en verano, fría y con poca en invierno y mala y hedionda en todas las estaciones. Era el sitio donde la patria se entregaba, la vista se recataba ante monumentos como San Gregorio, la Antigua y Santa Clara o los otros conventos de San Juan y San Benito. Calles estrechas, con balcones a los costados y casas de dos o tres pisos, sin balcones, con cornisas o balcones, granjería en los patios, Vallado ofrecía en esta época, con su vivo trabajo de carpinteros, albañiles y rebeldes, un aspecto casi floreciente, de manifiesta prosperidad."

"El Valle, desde que uno de los mejores valladolistas que, mediante el siglo XVI, creyeron que la instalación de la Corte en la villa podía tener carácter definitivo, Vallado no solo reposaba de algunos siglos y nobles de primera fila, sino que las Cortes y la villa política no dejaban ninguna impresión de provisionalidad. Al contrario, una vez llegado el medio siglo, el progreso de la ciudad se manifestaba en todos los órdenes. Vallado creía, en ese siglo, de haberse los siglos finales y la población aumentaba a un ritmo regular. No obstante, dentro de la muralla, "deberían organizarse los valladolistas. Y ellos mismos se replicaban: "Constituidos los mayor que nos acoge a todos". Un visitante flamenco, Laurent Vidal, decía de ella: "Vallado es una villa tan grande como Bruselas". Y el ensayista español Pedro de Medina decía la belleza de la Plaza Mayor por los huecos que ofrecía al exterior: "Que decir—escrito—de una plaza con pintadas puertas y seis mil ventanas". Pero, debido al medio siglo, la construcción, como ya desde 1540, se aceleró, se acabaron de urbanizar las Torres, frente a la Puerta del Campo, y se levantaron importantes edificios más allá de las puertas de Santa Clara y la Magdalena. Las puertas de Santa Clara perdieron pronto su carácter agrícola y se convirtieron primero en solares y luego, en casas de pisos con balcones de hierro, formando un barrio que continúa paralelo a la Pisuerga."

III. La Ruta de *El Hereje* por Valladolid

Hitos principales

1. LA CASA DE LOS SALCEDO. LA CORTE Y LA IGLESIA. Pl. de S. Pablo

*La Corredera de San Pablo, la calle en la que vivían los Salcedo, arrancaba desde esta plaza, que enfrenta a la suntuosa Iglesia de San Pablo con el Palacio de Francisco de los Cobos, que más tarde sería Palacio Real durante la Corte vallisoletana de principios del XVII. No obstante, Carlos I lo habitó en numerosas ocasiones, igual que haría también Felipe II, nacido en el vecino Palacio de Pimentel. No cabe duda, pues, de que el autor del pasquín que se menciona en *El hereje* había elegido bien el sitio. En lugar de pormenorizar esas mansiones políticas, sin embargo, Delibes prefiere dar acceso al lector a la intimidad cotidiana de una familia de mercaderes en Valladolid del siglo XVI.*

"Antes de que se instalara la Corte, la noche del 30 de octubre de 1517, el coche que ocupaban el hombre de negocios y rentista, don Bernardo Salcedo, y su bella esposa, doña Catalina de Bustamante, se detuvo ante el número 5 de la Corredera de San Pablo."

"La casa de la Corredera de San Pablo asumió a la muerte de doña Catalina una nueva disposición. El niño Cipriano se incorporó a la vida del servicio, en las buhardillas de madera del piso alto, en tanto don Bernardo quedó como dueño y señor del primer piso, sin otra novedad que la de haber cambiado de sitio el santuario conyugal, instalado, ahora que había dejado de ser santuario, en su despacho de toda la vida.

Como era previsible, dada su corta edad, el niño vivía pegado a su nodriza; de ella mamaba cada tres horas, con ella pasaba el día gorjeando en el cuarto de plancha y con ella dormía en uno de los cuchitriles de arriba, junto a la escalera. Los bajos, en cambio, no sufrieron la menor alteración. ~~Los bajos, en cambio, no sufrieron la menor alteración.~~"

"La inquietud creciente de la villa, la hostilidad popular hacia los flamencos, la falta de entendimiento con el Rey, eran realidades manifiestas, hechos que, como bolas de nieve, iban rodando, aumentando de volumen y amenazando avasallar cuanto encontraran a su paso. Hasta que una tarde de primavera una de ellas reventó, por más que la voz de don Ignacio no se alterase al referir los acontecimientos:

—Han matado al procurador Rodrigo de Tordesillas en Segovia. Estaba conchabado con los flamencos. Juan Bravo se ha puesto al frente de los revoltosos y está organizando Comunidades en las villas castellanas. Hay motines y alborotos por todas partes. El cardenal Adriano quiere reunir aquí, en Valladolid, el Consejo de Regencia pero el pueblo se resiste.

Don Bernardo respiraba con cierta dificultad. Hacía semanas que venía notando cómo se le formaba sobre el estómago un cinturón de grasa. Miraba a Ignacio como esperando de él una solución, pero su hermano no estaba por la labor. A la tarde siguiente le mostró un pasquín recogido a la puerta de San Pablo: SUBSIDIOS, NO. EL REY EN SU CASA Y LOS FLAMENCOS A LA

1 el

III. La Casa de El Barón por Valladolid
Hitos principales

1. LA CASA DE LOS SALCEDO, LA CORTE Y LA IGLESIA
El de S. Pablo

La Corte de San Pablo, la casa en la que vivían los Salcedo, armados desde esa
plaza, que representó a la gran casa ligada de San Pablo con el Palacio de Francisco de los
Cortes, que nos trae a los Salcedo Real durante la Corte vallisoletana de principios del XVII.
En el mismo Cortes I se habló en numerosas ocasiones, igual que en una reunión Felipe II
había en el vecino Palacio de Farnesio. No cabe duda, pues, de que el autor del tratado que
se conserva en El Barón había estado bien al tanto. En lugar de proporcionar esas noticias
positivas, las envía, dadas preferentemente al lector a la intensidad con la que una
familia de mercaderes en Valladolid del siglo XVI

101

"Antes de que se trasladara la Corte, la noche del 30 de octubre de 1517, el coche que
ocupaban el hombre de negocios y renista, don Bernardo Salcedo y su bella esposa, doña
Catalina de Bustamante, se detuvo ante el número 3 de la Comenda de San Pablo."

La casa de la Comenda de San Pablo asumió a la muerte de doña Catalina una nueva
dignidad. El niño Carlos se incorporó a la vida del servicio, en las labores de maleta
del que era, en tanto don Bernardo quedó como dueño y señor del primer piso, en una
sucursal que le hizo cambiar de sitio el santuario conyugal, instalado, sin que nada
dejaba de ser sagrado, en su despacho de toda la vida.

Como era previsible, dada su corta edad, el niño vivió pagado a su nodriza, de ella
marcha cada tres horas, con ella pasaba el día jugando en el cuarto de niñas y con ella
dormía en uno de los cochinos de arriba, junto a la escuela. Los hijos, en cambio, no
sufrieron la menor molestia. Los hijos de don Bernardo en cambio no sufrieron molestia."

La inquietud creciente de la villa, la hostilidad popular hacia los flamencos, la falta de
entendimiento con el Rey, eran realidades manifiestas, hechos que, como otros de antes, iban
rodando, aumentando de volumen y aumentando avasallando cuanto concierne a su paso. Estas
que una tarde de primavera una de ellas reventó, por más que la voz de don Ignacio no se
olvidó al recibir los acontecimientos.

—Han pasado al procurador Rodrigo de Tordeillas en Segovia. Estaba concurrido con
los flamencos, Juan Bravo se ha puesto al frente de los revoltosos y está organizando
Comandante en las villas castellanas. Hay truenos y alaridos por todas partes. El conde
Adamo quiere venir aquí, en Valladolid, el Consejo de Regencia para el pueblo se resiste.

Don Bernardo respondió con cierta dificultad. Hacía semanas que venía pensando cómo se
le lanzaba sobre el estómago un cúmulo de grasas. Mucha a ligeros como espaldas de él
una solución pero en secreto no estaba por la labor. A la tarde siguiente le mostró un
pasapelo recogido a la puerta de San Pablo: Señores No Es Rey en su casa y los flamencos a la

SUYA. Varios sermones en distintas iglesias de Valladolid habían girado en torno a la misma cuestión: el Rey debía permanecer en España y los flamencos marcharse a su país; las villas deberían seguir entendiéndose directamente con el Rey, sin la mediación de curas y nobles. Son exigencias muy duras. ¿Te das cuenta, hermano? —decía don Ignacio."

2014. Varios artículos en distintas revistas de Valladolid hablan girado en torno a la misma cuestión: el Rey debe permanecer en España y los ministros marcharse a su país; las villas deberían seguir celebrándose directamente con el Rey sin la mediación de curules y nobles. Son exigencias muy altas. ¿Te das cuenta, hermano? —decía don Ignacio.

2. EL MUNDO DE LOS LETRADOS

Palacio Licenciado Butrón

Pl. de las Brígidas

En la novela no se determina la ubicación de la casa de Ignacio Salcedo, pero el palacio del Licenciado Butrón ejemplifica perfectamente el ascenso de la nueva nobleza de pluma que constituía el cuerpo principal de la administración de la época. Los oidores de la Chancillería, entre los que se contaba el tío de Cipriano Salcedo, formaban parte de los funcionarios reales más prestigiosos. Entendían de las causas civiles o criminales que se sometían a su juicio, eran nombrados directamente por el rey y precedían, en las ceremonias públicas que se celebraban en Valladolid, a los miembros del Tribunal del Santo Oficio.

"Ignacio era el espejo en que la villa castellana se miraba. Letrado, oidor de la Chancillería, terrateniente, sus títulos y propiedades no bastaban para apartarle de los necesitados. Miembro de la Cofradía de la Misericordia, becaba anualmente a cinco huérfanos, porque entendía que ayudar a estudiar a los pobres era sencillamente instruir a Nuestro Señor. Pero no solamente entregaba al prójimo su dinero sino también su esfuerzo personal. Ignacio Salcedo, ocho años más joven que don Bernardo, de cutis rojizo y lampiño, visitaba mensualmente los hospitales, daba un día de comer a los enfermos, hacía sus camas, vaciaba las escupideras y durante toda una noche cuidaba de ellos. Por añadidura, don Ignacio Salcedo era el patrono mayor del Colegio Hospital de Niños Expósitos, que gozaba de prestigio en la villa y se sostenía con las donaciones del vecindario."

"El descubrimiento de la casa de su tío alentaba a Cipriano. No era, como cabía pensar, la casa pretenciosa de un gran burgués sino el refugio atractivo y sereno de un intelectual. Cipriano pasaba horas en la biblioteca donde se alineaban más de quinientos volúmenes, algunos de ellos editados en Valladolid, traducciones en romance de Juvenal, Salustio y la *Iliada*. Los poetas latinos estaban casi todos y, paso a paso, Cipriano fue descubriendo el placer de la lectura, el acto íntimo y silencioso de desflorar un libro. Por otro lado, en la casa había buena pintura, copias de cierta solvencia de obras acreditadas, y algunos esbozos de escultura."

1. EL MUNDO DE LOS LETRADOS

El mundo de los letrados

II. de las Bellas

En la novela no se describen la educación de la casa de Ignacio Salcedo, pero el destino del letrado también se describe perfectamente el mundo de la nueva nobleza de plaza que constituyó el cuerpo principal de la administración de la época. Los hijos de la nobleza, como los que se venían el no de Cipriano Salcedo, formaban parte de las funciones reales más importantes. También se los veía en los tribunales que se sometían a su juicio, eran miembros de tribunales por el rey y procurador, en las ceremonias públicas que se celebraban en Valladolid, a los miembros del Tribunal del Santo Oficio.

"Ignacio era el espejo en que la villa castellana se miraba. Letrado, oidor de la Chancillería, perteneciente a las nobles y propietarias no bastaban para apartar de los negocios. Miembro de la Corte de la Real Audiencia, hacía asimismo a cinco tercios, por su talento que ayuda a escribir a los nobles era sencillamente instruir a Nuestro Señor. Pero no solamente enseñaba al príncipe su digno sino también su esfuerzo personal. Ignacio Salcedo, ocho años más joven que don Bernardo, de cuts rojos y jampón, vestía sencillamente los ropajes, daba un día de comer a los estudiantes, hacía sus camas, veía las escueltas y durante toda una noche cuidaba de ellos. Por añadidura, don Ignacio Salcedo era el patrono mayor del Colegio Hospital de Niños Expósitos, que gozaba de prestigio en la villa y se sostenía con las donaciones del vecindario."

"El descubrimiento de la casa de su tío abuelo a Cipriano. No era, como había pensado, la casa patética de un gran burgués sino el estigio atractivo y sereno de un intelectual. Cipriano pasaba horas en la biblioteca donde se situaban más de quinientos volúmenes, algunos de ellos editados en Valladolid, ediciones en romance de Juvenal, Salustio y la Biblia. Los libros latinos estaban casi todos y, paso a paso, Cipriano fue descubriendo el placer de la lectura, el solo latín y silencio de desahogar un libro. Por eso todo, en la casa había buena pintura, copias de ciertos subvencos de otras universidades y algunos esbozos de escultura."

3. LA NOBLEZA Y LA ASPIRACIÓN NOBILIARIA Pl. Fabio Nelli.

En esta esquina están reunidos algunos de los mejores palacios de Valladolid, que testimonian todavía el ambiente cortesano de la ciudad y el deseo de ostentar una solvencia económica y una posición social que no siempre estaban emparejadas. En la España de la época, la aspiración de los mercaderes que amasaban grandes fortunas era equipararse a la nobleza, y a tal efecto gestionaban privilegios de hidalguía, como Cipriano Salcedo, y se construían grandes palacios, como el que levantó en esta plaza el banquero de origen italiano Fabio Nelli. En la obra de Delibes aparece el banquero Domenico Nelli, que "tranquilizaba a sus colegas de Medina diciéndoles que los muertos de peste eran generalmente pobres y, por tanto, carecían de interés."

"Había buenos preceptores en la villa entonces y las grandes familias les confiaban a sus hijos. Un preceptor suponía un casi seguro rendimiento didáctico, pero, además, comportaba un signo de distinción social que le aproximaba a la nobleza, el sueño oculto de don Bernardo desde que tuvo uso de razón."

"Hacía meses que Cipriano venía gestionando un privilegio de hidalguía. Martín Martín, a quien había cedido una tercera parte de los frutos de la tierra, era un adicto incondicional. Y a los más viejos de lugar les había oído hablar bien de don Bernardo, el último defensor del buey para las faenas agrícolas, y de don Aquilino Salcedo, el abuelo, que pasó en Pedrosa los últimos años del siglo. Ninguno de ellos tenía buen ni mal concepto de los patronos pero sí una vaga idea de que en la vida era preferible arrimarse a un rico que a un pobre. Por otra parte, don Domingo, el viejo párroco, conservaba en el archivo de la iglesia papeles de los Salcedo donde constaban las limosnas y donativos hechos al pueblo en ocasiones difíciles como la peste del año seis o los nublados del año noventa que no permitieron trillar y el cereal se nació en las eras. Por si fuera insuficiente, Cipriano Salcedo estaba en condiciones de acreditar la pureza de sangre hasta la séptima generación.

A poco de llegar, Salcedo cambió impresiones con Martín Martín sobre el particular. Treinta y siete vecinos, de treinta y nueve, estaban dispuestos a votar que su familia venía siendo considerada hidalga en Pedrosa desde hacía dos siglos. Don Domingo, el viejo párroco, por su parte, adjuntaría al expediente copias de los documentos del archivo parroquial, en los que constaba el generoso patrocinio del pueblo por parte de los Salcedo. Cipriano no ignoraba que su título de doctor, unido al de hidalgo, doctor-hidalgo, no sólo le redimía de contribuciones e impuestos sino que le hacía apto para formar parte de la administración y le insertaba en el escalafón de la baja aristocracia. Sabía, asimismo, que un terrateniente accedía más fácilmente a la nobleza que un hombre de negocios y que carecía de sentido la máxima de «el noble nace, no se hace», como se proponía demostrar."

3. LA NOBLEZA Y LA ASPIRACIÓN NOBILIARIA

El Fabio Nelli

En esta epístola están reunidos algunos de los mejores palacios de Valladolid, que testimonian todo el ambiente costoso de la ciudad y el hábito de ostentar una solvencia económica y una posición social que no siempre estaban equiparadas. En la época de la época, la aspiración de los mercaderes que alcanzaban grandes fortunas era equipararse a la nobleza y a tal efecto gestionaban privilegios de hidalgía, como Cipriano Salcedo, y se compraban grandes palacios, como el que levantó en esta plaza el banquero de origen italiano Fabio Nelli. En la obra de Delibes aparece el banquero Dominicco Nelli, que "manipulaba a sus colegas de Madrid diciéndoles que los asuntos de peste eran generalmente pobres y por tanto, carecían de interés."

"Habría buenos prospectos en la villa entonces y las grandes familias les confiaban a sus hijos. Un prospecto suponía un casi seguro rendimiento didáctico, pero, además, componía un signo de distinción social que le aproximaba a la nobleza, el sueño oculto de don Bernabé desde que tuvo uso de razón."

"Hasta meses que Cipriano venía gestionando un privilegio de hidalgía. Martín Martín, a quien había oído una vez en la tierra, era un adicto incondicional. Y a los más viejos de la villa les había oído hablar bien de don Bernabé, el último defensor del buen gusto en las finanzas agrícolas, y de don Apolonia Salcedo, el abuelo, que pasó en Pedroso los últimos años del siglo. Ninguno de ellos tenía bien ni mal concepto de los patronos pero sí una vaga idea de que en la vida era factible arrojarse a un río que a un pobre. Por otra parte, don Domingo, el viejo párroco, conservaba en el archivo de la iglesia papeles de los Salcedo donde constaban las limosnas y donativos hechos al pueblo en ocasiones difíciles como la peste del año seis ochos mil ochos del año noventa que no permitieron arillar y el cereal se nació en las calles. Por si fuera necesario, Cipriano Salcedo estaba en condiciones de acreditar la pureza de sangre hasta la séptima generación."

A poco de llegar Salcedo cambió impresiones con Martín Martín sobre el particular. Temía y siete veintidos de treinta y nueve, estaban dispuestos a votar que su familia venía siendo considerada hidalga en Pedroso desde hacía dos siglos. Don Domingo, el viejo párroco, por su parte, adjuntaría al expediente copias de los documentos del archivo parroquial, en los que constaba el generoso patrocinio del pueblo por parte de los Salcedo. Cipriano no ignoraba que su título de doctor, unido al de hidalgo, doctor-hidalgo, no sólo le permitía de contrahacer e impuestos sino que le hacía apto para formar parte de la administración y le inscribía en el escalafón de la baja aristocracia. Sabía, asimismo, que un tratamiento accedía más fácilmente a la nobleza que un hombre de negocios y que carecía de sentido la máxima de «el noble nace, no se hace», como se proponía demostrar."

4. EL ALMACÉN DE LA JUDERÍA Y EL HOSPITAL DE EXPÓSITOS Pl. de la Trinidad

Los Salcedo tenían su almacén de lanas en el barrio de la antigua judería, cuyas estrechas calles se conservan en parte al este de la Plaza de la Trinidad. En ella está el antiguo palacio del Conde de Benavente, que más tarde se dedicó a Orfanato. El Hospital de Expósitos que aparece en la novela de Delibes estaba situado en otro lugar, cerca de la Plaza de las Tenerías, junto a los tintoreros, pero el uso antiguo de esta casona nobiliaria y las parroquias que la rodean, junto con la "Calle de Expósitos" que a ella conduce nos permiten evocar el colegio en que se educó el niño Cipriano Salcedo.

"Por la mañana, tras el opíparo desayuno que le servía Modesta, don Bernardo se encaminaba al almacén de la vieja Judería, en los alrededores del Puente Mayor, y allí se encontraba con Dionisio Manrique, su fiel colaborador, que meses atrás había llegado a pensar que el amo se moría y el almacén habría que cerrarlo. Se imaginó sin trabajo, sin oficio ni beneficio, pordioseando entre los niños llenos de bubas que llenaban las calles de la villa, en invierno y en verano. Ahora, de pronto, el señor Salcedo, sin saber por qué ni por qué no, había salido del bache y había vuelto a hacerse cargo de la situación. El viaje a Burgos había sido el inicio de su resurgimiento. En el mismo despacho de don Bernardo, en una mesa de pino de Soria paralela, se sentaba él, y mal que bien, iba llevando las cuentas de las reatas de mulas que bajaban del Páramo y de los vellones almacenados en la inmensa nave de la Judería."

"Don Bernardo sabía que en la villa no había centros educativos que merecieran tal nombre, pero su hermano Ignacio era patrono mayor del más afamado: el Hospital de Niños Expósitos, regido por la Cofradía de San José y de Nuestra Señora de la O, dedicado a la formación de niños abandonados.

A su hermano le dolió la decisión:

—Ese colegio no es para personas de nuestra clase, Bernardo.

Don Bernardo coqueteaba ahora con la idea de dar una lección a la aristocracia, abrirle los ojos:

—Me han hablado bien de él. Dispone de veintiocho camas para becarios y mi hijo podrá pagar su alojamiento y el de cinco compañeros más si es eso lo que hace falta para que le abran las puertas.

Don Ignacio se echó las manos a la cabeza:

—El Hospital de Niños Expósitos vive de la caridad, Bernardo. Y tú sabes que los chicos abandonados por sus padres no suelen ser gente recomendable. Es un colegio serio porque los Diputados de la Cofradía nos hemos empeñado en que lo sea y hemos puesto en la dirección a un maestro competente. A la doctrina, por la mañana, a toque de campana, acuden chicos de toda condición e, incluso, en el resto de las clases admiten alumnos de pago. ¿No podría ser ésta la mejor solución para Cipriano?"

"El edificio del colegio no era grande pero contaba con tres amplios desahogos: la capilla, el dormitorio y el patio de juegos. Tan pronto puso pie en él, Cipriano perdió dos cosas fundamentales: el atuendo y el nombre. Dejó de vestir la ropa distinguida que Minervina disponía semanalmente con tanto esmero y adoptó el uniforme obligatorio del centro, de marcado carácter rural: calzones de paño fuerte hasta debajo de la rodilla, un basto sayo, capotillo en invierno y unas botas de piel de carnero, abiertas y altas, que se ajustaban a las pantorrillas mediante cintas que remataban en una lazada. La segunda cosa importante que perdió Cipriano con su ingreso en el colegio fue el nombre. Nadie le preguntó cómo se llamaba pero, en el momento de tocar la campana convocando a la doctrina, *el Corcel* se le acercó y le dijo:

—Toca tú, *Mediarroba*, para eso eres el nuevo."



"El espíritu del colegio no era grande para contarse con tres amigos de colegio: la familia, el dominio y el país de origen. Los propios países que el Colegio perdió los años fundacionales: el sueño y el nombre. Dijo de vestir la ropa distinguida que Mitterrand después rearmó con tanto estudio y adaptación al ambiente obligatorio del centro, de marcado carácter rural: calzones de paño fuerte hasta debajo de la rodilla, un paño rojo, capullo en invierno y unas botas de piel de cañero, abaraca y otras, que se ajustaban a las pautas más modernas que existían en una época. La segunda cosa importante que perdió Cívico con su ingreso en el colegio fue el nombre. Nunca se preguntó cómo se llamaba pero, en el momento de leer la campaña convocando a la lectura, el Cívico se le acordó y le dijo:

—Joaquín Méndez para eso eres el negro."

5. LOS CONVENTOS IMPLICADOS EN LA REFORMA.

Convento de Sta. Catalina, C/ Sto. Domingo de Guzmán.

El aspecto recoleto de esta calle permite recrear aún parte del ambiente que seguramente poseían muchas de las callejas del antiguo Valladolid. En ella se asienta el Convento de Santa Catalina, cuyo desarrollo principal tuvo lugar en el siglo XVI. De monjas dominicas, destacaba por las elevadas dotes que exigía a sus novicias, procedentes en su mayoría de las familias nobles y pudientes de la ciudad, al igual que ocurría en los otros conventos. La formación cuidada de muchas de estas monjas facilitó que participaran en las discusiones teológicas que acarrearón su persecución, de forma especialmente encarnizada en el Convento de Santa María de Belén, que se levantaba en el solar del actual Colegio de San José en la Plaza de Santa Cruz.

"Don Agustín Cazalla vio, pues, con buenos ojos el ofrecimiento de Salcedo, su disponibilidad. Cipriano podía empezar por Castilla y terminar en Andalucía. Era buen jinete y no miraba el tiempo ni el dinero. Comenzó visitando los tres conventos de la villa donde tenían adeptos y con los que hacía meses que no se comunicaban: Santa Clara, Santa Catalina y Santa María de Belén. Portaba cartas de presentación para las monjas y celebró charlas de locutorio con las superiores: Eufrosina Ríos, María de Rojas y Catalina de Reinoso, respectivamente. Las tres eran incondicionales, pero el Doctor deseaba saber si las nuevas ideas progresaban entre las novicias o permanecían estancadas. Su difusión era arriesgada en los conventos, al decir del Doctor, ya que nunca faltaban personas fanáticas prestas a ir con el cuento a la Inquisición. Eufrosina Ríos le confirmó los temores del Doctor en el convento de Santa Clara. No obstante, había sido una novicia, Ildefonsa Muñiz, profundamente identificada con la Reforma, la que había introducido en el convento el tratadito de Lutero *La libertad del cristiano*, y estudiaba la mejor manera de difundirlo. Peor estaban las cosas en las Catalinas, donde, aparte del fervor de María de Rojas, nada se había alterado y, dadas las circunstancias, según información de la superiora, mejor sería de momento no intentarlo. La sorpresa vino del monasterio de Belén por boca de Catalina de Reinoso, la priora. A través del torno, con su voz nasal, muy monjil, Catalina le dio cuenta del avance de las nuevas ideas intramuros. Eran muchas las religiosas que habían abrazado la teoría del beneficio de Cristo y le facilitó la relación: Margarita de Santisteban, María de Guevara, María de Miranda, Francisca de Zúñiga, Felipa de Heredia y Catalina de Alcázar. El resto de la comunidad estaba bien orientado; únicamente le pedía al Doctor dos cosas: libros sencillos y un poco de paciencia. Cipriano anotó los nombres de las nuevas cristianas y los incorporó al fichero que guardaba en su despacho y que, día a día, iba creciendo."

12

15

2. LOS CONVENTOS BENEDICTINOS EN LA REGIÓN DE CATALUÑA

El aspecto peculiar de esta vida penitente fueron las penitencias que se imponían a los monjes de las catedrales de San Juan de la Peña y San Juan de Caserta. En ellas se usaba el Canto de San Juan, cuyo contenido principal era el relato de la vida de San Juan. De estos cantos, algunos por las ideas de los monjes que exigía a sus discípulos, procedentes en su mayoría de las familias nobles y señoriales de la zona, se fueron formando en los siglos XIV y XV. La formación cultural de estos monjes facilitó que participaran en las discusiones teológicas que acontecieron en la península, de forma especialmente enriquecida en el Convento de Santa María de Belén, que se levantaba en el solar del actual Colegio de San José en la Plaza de Santa Cruz.

Don Agustín Gual, que fue con buena fe el defensor de San Juan de la Peña, su dignidad. Gual no podía empezar por Gual y terminar en Andalucía. Era buen jinete y no tardó el tiempo en el dero. Comenzó visitando los tres conventos de la villa donde tenía su casa y con los que tenía relaciones: Santa Clara, Santa Catalina y Santa María de Belén. Por esta causa de presentación para las monjas y celebró charlas de lecturas con las superiores. En estas charlas, María de Rojas y Catalina de Rojas, respectivamente. Las tres eran monjas de San Juan de la Peña, pero el Doctor decaía sobre si las nuevas ideas progresaban entre las monjas o por las relaciones. Su difusión era arriesgada en los conventos, al decir del Doctor, ya que nunca había personas familiares presas y si con el consentimiento. En estas charlas, María de Rojas y Catalina de Rojas, profesaron idénticas ideas. En Belén, la que había introducido en el convento el uso de la Biblia en la lectura, y estudiaba la mejor manera de enseñarla. Por estas las cosas en las Catalinas, donde, aparte del fervor de María de Rojas, nada se había estado y dadas las circunstancias, según información de la superiora, mejor sería de momento no enseñarla. La superiora vino del monasterio de Belén por boca de Catalina de Rojas, la propia. A través del tema, con su voz, muy fuerte. Catalina le dio cuenta del estado de las nuevas ideas inmanentes. Era muchas las religiosas que habían abrazado la teoría del pecado de Cristo y lo hicieron la relación. Margarita de San Mateo, María de Guzmán, María de Miranda. El sucesor de María de Guzmán, Felisa de Heredia y Catalina de Alázar. El resto de la comunidad estaba bien orientado, mientras se pedía al Doctor dos cosas: libros sencillos y un poco de paciencia. Catalina acordó los nombres de las nuevas cristianas y los incorporó al fichero que guardaba en su despacho y que, día a día, iba creciendo.

6. EL ENTIERRO DE LEONOR DE VIVERO

La Capilla de Fuensaldaña

Desde esta capilla, cuya arquitectura gótica persiste enclavada en la traza renacentista del monasterio de San Benito, pueden contemplarse algunos otros escenarios que Delibes rescata en su novela. Abajo, el río Pisuerga, que salvaban a nado los pobres expulsados durante la Peste, y que un poco más al norte cruza el Puente Mayor, por donde partían Bernardo Salcedo, y luego Cipriano Salcedo, camino de Burgos para acarrear los vellones de lana. Por el mismo puente pasaban hacia sus propiedades del Páramo, tras los cerros que se ofrecen a la vista en esta explanada que abarrotaban los asistentes al funeral de Leonor de Vivero. Allí algunos bisbisearían, entre otras cosas, el origen judío de las familias Cazalla y Vivero.

"El entierro se verificó en la capilla de los Fuensaldaña, en el Monasterio de San Benito. Diez doncellas, casi niñas, acompañaron el ataúd portando cintas azules y el coro de Colegio de los Doctrinos, fundado pocos años antes en la ciudad, entonó las letanías habituales. Cipriano Salcedo creía ver en aquellos muchachos a los antiguos Expósitos, sus compañeros de infancia, y respondía a las apelaciones al santoral con devoción y respeto: *ora pro nobis, ora pro nobis, ora pro nobis*, decía para sí, y en el *Dies irae* de la epístola se posternó sobre las losas del templo y repitió la letra en voz baja, profundamente conmovido: *Solvat saeculum in favilla: teste David cum Sibyla*.

La ciudad acudió en masa al sepelio de doña Leonor. La reputación del Doctor, el hecho de que tres de los hijos de la difunta participasen en la misa funeral, removieron el sentimiento religioso del pueblo. Y, a pesar de sus grandes dimensiones, el templo no pudo dar acogida a todos los asistentes, muchos de los cuales quedaron a la puerta, en la explanada de acceso, devotamente, en silencio. Las voces de los doctrinos resonaban en la placita de la Rinconada y los transeúntes se santiguaban devotamente al pasar frente a la iglesia. Terminada la ceremonia, el acompañamiento se reunió en el atrio para las condolencias pero, en el momento de mayor recogimiento y emoción, una voz varonil, bien timbrada y poderosa, estalló sobre el rumor del gentío:

—¡Doña Leonor de Vivero a la hoguera!

Se oyeron siseos imponiendo silencio y la afrenta no volvió a repetirse. La ceremonia continuó al mismo ritmo, la multitud desfilaba ante los hermanos Cazalla y algunos, más allegados o más decididos, se aproximaban a ellos y les daban la paz en el rostro."

6. EL ENTIERRO DE LEONOR DE VIVERO
La Capilla de Escorial

Desde esta capilla, con sus muros blancos y sus bóvedas en la forma renacentista del monasterio de San Benito, pueden contemplarse algunos otros escenarios que Delibes resalta en su novela. Aquí, el río Tago, que salta en cascadas sobre las peñas empinadas durante la tarde, y que un poco más al norte crea el Fuentón Mayor, por donde bajan los ríos de San Juan y de San Pedro, cuando el viento levanta las volutas de la niebla. Por el mismo puente pasaron hacia sus propiedades del Fuentón, tras los castos que se ofrecen a la vista en esta espesura que cubren las montañas al final de Leonor de Vivero. Allí, algunos días después, vino otra vez, el origen de la familia Castilla y Vivero.

El entierro se verificó en la capilla de los Escoriales, en el Monasterio de San Benito. Dos damas, casi niñas, acompañaron el séquito portando cestas azules y el coro de Colegio de las Doctores, vestidos de negro, cantó misas en la ciudad, cuando las letanías habituales. Cristiano Salcedo creía ver en aquellos rostros a los amigos de su infancia, sus compañeros de infancia, y respondía a las oraciones al cantar con devoción y respeto: con reverencia, con una noble, con profunda, hacia el cielo, y en el fondo de la epístola se escuchó sobre las losas del templo y como si fuera en voz baja, profundamente conmovido: Señor, sacra en gloria, que Dios sea contigo.

La ciudad se abrió en masa al sepelio de doña Leonor. La república del Doctor, el hecho de que los hijos de la familia se dispersaran en la vida profesional, renovaron el sentimiento religioso del pueblo. Y, a pesar de sus grandes dimensiones, el templo no pudo dar acogida a todos los asistentes, muchos de los cuales quedaban a la puerta, en la espesura de los árboles, en silencio. Las voces de los doctores resonaban en la plaza de la Rinconada y los transeúntos se detendían a mirar hacia la iglesia. Terminada la ceremonia, el acompañamiento se reunió en el atrio entre las columnas que, en el momento de mayor recogimiento y emoción, una voz varonil, bien timbrada y poderosa, estalló sobre el rumor del canto.

— ¡Bona! ¡Bona! ¡Bona! ¡Bona! ¡Bona!

Se oyeron pasos impetuosos sobre la alfombra roja y la alfombra roja se abrió a repente. La ceremonia continuó al mismo ritmo, la multitud desfilaba ante los hermanos Castilla y algunas, más allegadas a más decididas, se aproximaban a ellos y les daban la paz en el rostro.

7. LA CASA DE ALONSO BERRUGUETE

C/ San Benito

Aquí residió el escultor Alonso Berruguete, cuyo retablo para la Iglesia de San Benito se puede admirar en el Museo de Escultura. Este artista, el más importante de la ciudad en su época, consiguió reunir una cierta fortuna que, en lugar de volcar en su taller, prefirió destinar al ideal señorial que impidió el afianzamiento en Castilla de una clase propiamente burguesa. Compró un cargo de escribano del crimen de la Chancillería, que jamás ejerció, y levantó este palacio cuyos capiteles y patio dan fe de su educación italiana. En Valladolid, a la vera de la corte, Berruguete estableció una auténtica factoría de esculturas que atendía la creciente demanda de congregaciones, nobles y ricos particulares como los Salcedo.

"La reciente instalación en la ciudad de Alonso de Berruguete dio ocasión a don Ignacio de encargarle un panel de madera en relieve, lo que el artista llamaba *una tabla de bulto*, representando a su mujer, doña Gabriela. Era una pieza de noble calidad más por la factura que por el parecido. La tabla se hallaba en la pequeña habitación que daba acceso a la biblioteca y don Ignacio, hombre muy religioso y respetuoso con el arte, se descubría al pasar ante ella como si fuera el Sagrario."

"Frente a la cama, Teo instaló un tocador de caoba con los enseres de plata y, junto a la puerta, un gran arcón forrado de piel de ternera para la ropa de cama. Sin embargo, las copias de cuadros, que distribuyó por la parte noble de la casa, no tuvieron acceso al santuario matrimonial, tan venido a menos, donde las paredes estaban decoradas por guardamecés dorados y, presidiéndolo todo, sobre el lecho, un crucifijo encargado ex profeso a don Alonso de Berruguete."

7. LA CASA DE ALONSO BERRUGUETE El San Benito

Aquí residió el escultor Alonso Berruguete, cuyo retablo para la Iglesia de San Benito se puede admirar en el Museo de Escultura. Este artista, el más importante de la ciudad en su época, consiguió reunir una cierta fortuna que, en lugar de volver en su taller, prefirió destinar al ideal esencial que impidió el asentamiento en Castilla de una clase propiamente burguesa. Conoció un cargo de secretario del crimen de la Chancillería, que jamás ejerció, y levó un pequeño negocio de copias de pinturas y poco más de su educación italiana. En Valladolid, a la vez de la corte, Berruguete estableció una exitosa factoría de escultura que atendía la creciente demanda de congregaciones, nobles y ricos particulares como los Salcedo.

La reciente instalación en la ciudad de Alonso de Berruguete dio ocasión a don Ignacio de Encarnación un panel de madera en relieve, lo que el artista llamó una tabla de bruto, representando a su mujer, doña Gabriela. En una pieza de noble calidad más por la factura que por el parecido. La tabla se hallaba en la pequeña habitación que daba acceso a la biblioteca y don Ignacio, hombre muy religioso y respetuoso con el arte, se describió al pasar una vez como si fuera el sagrado.

"Frente a la cama, se instaló un tocador de esbozo con los espejos de plata y, junto a la puerta, un gran arca fabricada de pie de toro para la ropa de cama. Sin embargo, los espejos de cuadros, que distinguían por la parte noble de la casa, no tuvieron acceso al santuario matrimonial, tan vedado a niños, donde las puertas estaban decoradas por guardamuebles y presididas todo sobre el techo, un crucifijo encargado en proceso a don Alonso de Berruguete."



8. LA TABERNA DE GARABITO, LA CASA DE ORATES Y EL CRUCE CON LA COMITIVA REAL

Pl. Fuente Dorada y Calle Cánovas del Castillo (antigua Calle de Orates).

Ciudad consumidora de vino, en la Valladolid del s. XVI la ramita verde a la puerta de una taberna anunciaba cuba nueva. La taberna a la que alude Delibes en la novela lindaba con la casa de locos u orates, que daba nombre a la calle. En ella ingresaban los enfermos que se calificaban de inocentes y orates, denominación que resultaría difícil restringir al actual concepto médico de locura; por ejemplo, por delante de esa casa podría haber pasado, sin que nadie quisiera encerrarle, el Licenciado Vidriera cervantino, huyendo de las piedras de los chiquillos vallisoletanos. Cipriano Salcedo, que ingresó en ella a su mujer, volvió a cruzarla camino del Auto de Fe.

Don Bernardo Salcedo "caminaba despacio, evitando las alcantarillas, atento al «¡agua va!» de las ventanas, hasta abocar a la taberna de Garabito, en la calle Orates, con su inevitable ramita verde junto al rótulo, donde solían reunirse tres o cuatro amigos a degustar los blancos de Rueda."

"—A esta señora hay que internarla —dijo—. En la calle Orates tienen el Hospital de Inocentes. No es un hotel de lujo pero tampoco es fácil encontrar otro mejor en la ciudad. Los procedimientos son primitivos. El enfermo vive atado a los barrotes de la cama o con grilletes en los pies para que no escape. Claro que con un poco de dinero, pagando dos loqueros para que la atiendan, pueden vuestas mercedes evitar esa humillación."

"Al abandonar la calle Orates, la procesión de los reos hubo de detenerse para ceder el paso al séquito real que subía por la Corredera. La guardia a caballo, con pífanos y tambores, abría marcha y tras ella el Consejo de Castilla y los altos dignatarios de la Corte con las damas ricamente ataviadas pero de riguroso luto, escoltados por dos docenas de maceros y cuatro reyes de armas con dalmáticas de terciopelo. Acto seguido, precediendo al Rey —grave, con capa y botonadura de diamantes— y a los Príncipes, acogidos con aplausos por la multitud, apareció el conde de Oropesa a caballo, con la espada desnuda en la mano. Cerraban el desfile, encabezados por el marqués de Astorga, un nutrido grupo de nobles, los arzobispos de Sevilla y Santiago y el obispo de Ciudad Rodrigo, domeñador de los conquistadores del Perú."



8. LA TABERNA DE GARIBITO LA CASA DE ORATES Y EL CRUCE CON LA COMITIA REAL

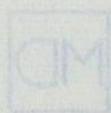
El Puente Viejo y Calle Cáceres del Castillo (antigua Calle de Orates).

En un momento de que, en la veintidós del a. XVI la reina veía a la puerta de una taberna llamada casa nueva. La taberna a la que el Rey Delibes en la novela había que la casa de los de Orates, que daba nombre a la calle. En ella ingresaban los señores que se calificaban de nobles y orates, denominación que resultó difícil restringir al actual concepto médico de la casa por ser un por delante de esa casa podía haber pasado, sin que nada quisiera entenderse, el llamado Vidua comitina, cuando de las piedras de los crucesos vascos. Orates, que ingresó en ella a su mujer, volvió a curarla como el año de 15.

Don Bernardo Salazar "camina despacio, evitando las señas, atento al > pago de las ventanas, hasta chocar a la esquina de Garibito, en la calle Orates, con su familiar, como veía junto al río, dando a las señas con un amigo a degustar los platos de la casa."

"—A esta señora hay que mirarla —dijo—. En la calle Orates, cerca el Hospital de San Juan. No es un hotel de lujo pero tampoco es fácil encontrar otro mejor en la ciudad. Los procedimientos son primitivos. El enfermo vive rodeado a los lados de la casa o con familias en los pasillos que no escape. Claro que con un poco de dinero, pagando los platos para que la señora, puede evitar esa humillación."

"Al abandonar la calle Orates, la procesión de los tres hijos de don Juan para caer el paso al séquito real que salía por la Cometa. La guardia a caballo, con plumas y banderas, iba delante y tras ella el Consejo de Castilla y los otros dignos de la Corte con sus damas ricamente vestidas pero de riguroso luto, escoltados por dos docenas de músicos y cuando traves de armas con cánticos de tropa. Año seguido, precediendo al Rey —grave, con capa y botabotas de damas— y a los Príncipes, seguidos con espaldas por la familia, rodeado el conde de Orates a caballo, con la espada desnuda en la mano. Ceraban el desfile encabezados por el marqués de Astorga, un nutrido grupo de nobles, los arzobispos de Sevilla y Santiago y el obispo de Ciudad Rodrigo, demarcador de los conquistadores del Perú."



9. EL AUTO DE FE

La Plaza Mayor

Esta plaza, modelo de cuantas se construyeron en España y en las Indias, sirvió espléndidamente a la función de congregar a los súbditos que convenía al nuevo modelo de Estado del s. XVI. Plaza de Mercado, solana de los mentideros de la villa, en ella transcurre, junto al hoy desaparecido Convento de San Francisco, una de las principales obras de nuestra literatura, el "Diálogo de Lactancio y un Arcediano" de Alfonso de Valdés, que los herejes leían en la primera reunión a la que acudió Cipriano Salcedo. De esta misma plaza partiría su antigua nodriza, Minervina Capa, en una galera camino de Santovenia, y a ella volvería muchos años más tarde para acompañar los últimos momentos del protagonista de la novela.

"Al cabo, la procesión de penitentes reanudó la marcha y entró en la plaza entre dos vallas de altos maderos. La multitud impaciente, que se apretujaba en ella, prorrumpió en voces y gritos destemplados. Los reos, caminando cansinamente, agobiados, arrastrando los pies, componían una comitiva lastimosa y estrafalaria, los sambenitos torcidos, las corozas ladeadas, siempre a punto de caer. Cipriano tendió la mirada sobre la plaza moviendo también la cabeza para no perder el eje de visión y comprobó que los informes de Dato se habían quedado cortos. La mitad de la plaza se había convertido en un enorme tablado, con graderíos y palcos, recostado en el convento de San Francisco y dando cara al Consistorio adornado con enseñas, doseles y brocados de oro y plata. La otra mitad y las bocacalles adyacentes se veían abarrotadas por un público soliviantado y chillón que coreó con silbidos el desfile de los reos ante el Rey. Frente a los palcos, en la parte baja de los graderíos, se levantaban tres púlpitos, uno para los relatores que leerían las sentencias, el segundo para los penitentes destinatarios, y un tercero para el obispo Melchor Cano que pronunciaría el sermón y cerraría el auto. En un tabladillo, a nivel algo inferior al de los púlpitos, con cuatro bancas en grada, fueron aposentándose los reos en el mismo orden que traían en la procesión, de forma que don Carlos de Seso quedó a la derecha de Cipriano, y Juan García, el joyero, a su izquierda."

"La rápida sucesión de condenados en el pulpito se interrumpió de pronto. Cipriano, la cabeza erguida, el latido en el párpado, fue ayudado a incorporarse por un familiar de la Inquisición. A pesar de que éste ~~el~~ ofrecía su brazo, no acertaba a echar el peso. Las piernas entumecidas no le pesaban pero tampoco le obedecían. Una pausa tensa se abrió en la plaza. Ante el agarrotamiento del reo, el familiar miró al alguacil y un segundo familiar se adelantó hasta ellos. Pasivo, ligero de peso, Cipriano Salcedo se dejó alzar del suelo y, en volandas, fue trasladado al púlpito y allí quedó, con la coraza torcida, grotesco e inane, entre los dos familiares tocados con sus bombines de alta copa. Un sol despiadado hería los ojos del penitente que los cerró, apretando visiblemente los párpados. Se bamboleaba, era un hombre destruido y el rumor compasivo de la multitud iba en aumento. El relator encampanó la voz para repetir su nombre:

Cipriano Salcedo —dijo—: confiscación de bienes y muerte en la hoguera.

R. EL ALFONSO DE...
La Plaza Mayor

Una plaza, cuando de cuando se conmemora en España y en las Indias, sirve...
explicadamente a la función de congregar a los vecinos que convienen al nuevo modelo de...
plaza del s. XVI. Plaza de mercado, centro de las reuniones de la villa, en esta plaza...
junto al hoy desaparecido Convento de San Francisco, una de las principales obras de nuestra...
historia, el "Diseño de la Plaza y su Arco" de Alfonso de Valdés, que los reyes...
hicieron en la primera reunión a la que acudió Cipriano Salcedo. De esta misma plaza...
antigua novela, Miquel Delibes, en una galería cubierta de San Lorenzo, y a ella volverán...
muchos años más tarde para reconstituir los últimos momentos del protagonista de la novela.

"Al cabo, la profesión de penitente resuelto la marcha y entró en la plaza entre dos valles...
de otros muchos. La actitud impasible, que se apreciaba en ella, prorrumpió en voces y...
gritos desahogados. Los rostros, caminando cansadamente, agitados, arrojando los pies...
componían una curiosa, lastimosa y estupefacta, los semblantes torcidos, las caras labradas...
siempre a punto de caer. Cipriano levantó la mirada sobre la plaza moviendo también la cabeza...
para no perder el eje de visión y comprobó que los informes de Luis se habían quedado...
detrás. La mitad de la plaza se había convertido en un enorme tablado, con grúas y paños...
trocado en el convento de San Francisco y dando cara al Convento adosado con su...
doble y dobles de oro y plata. La otra mitad y las bocanillas adosadas se veían...
suscitadas por un público silencioso y callado que corría con alientos de destre de los reyes...
ante el Rey. Frente a los palcos, en la parte alta de los grados, se levantaban tres palcos...
uno para los nobles que llevaban las señas, el segundo para los penitentes desahogados, y...
un tercero para el obispo Nicolás Cano que pronunciaba el sermón y cantaba el salmo. En la...
fachada a nivel bajo había el de los señores, con cuatro balcones en arco, fueron...
aparecidos los rostros de el mismo orden que había en la procesión, de forma que don Carlos...
de 2500 pasó a la derecha de Cipriano y Juan García, el joven, a su izquierda."

"La crisis eclesial de entonces en el papado se interrumpió de pronto. Cipriano...
cabeza erguida, el labio en el paño, los brazos e incorporarse por un instante de la...
indiferencia. A pesar de que este alzó su brazo, no acertó a echar el peso. Las piernas...
entrecruzadas no le permitieron tampoco la coherencia. Una pausa tensa se abrió en la plaza...
Ante el agotamiento del rey, el hombre miró al señor y un segundo familiar se adelantó...
hacia ellos. Parvo, ligero de peso, Cipriano Salcedo se dejó caer del suelo y en volandas...
caído al suelo y allí quedó, con la cabeza torcida, grotesco e inerte, entre los dos...
familiares tocados con sus sombreros de ala copa. Un sol despidiendo hebras los ojos del...
penitente que los cercó, apretado y silencioso los párpados. Se bambolean, era un hombre...
desuido y el menor compasivo de la multitud iba en silencio. El relato encampanó la voz...
para repetir su nombre:
Cipriano Salcedo — dijo —: confesión de bienes y muerte en la hoguera.



El rumor de la muchedumbre era ahora creciente y racheado como el bramido del mar. El condenado no parecía afectado por la sentencia. Daba la impresión de que, aun indultado, ya no sería capaz de volver a la vida. Permaneció inmóvil, los párpados cerrados, apoyado en el brazo de un familiar, desdibujado y nimio. De nuevo se incorporó el segundo familiar y, entre ambos, le izaron sobre la barandilla de la escalera y le transportaron en un vuelo a su lugar en el tablado. Sus párpados seguían cerrados pero sus ojos cobardes estaban llenos de lágrimas. Se sentía vejado, confundido, degradado. Dame ya la muerte, Señor, suplicó. Pero su humillación activó la curiosidad morbosa del pueblo. Eran estos incidentes los que animaban la fiesta y, en realidad, no habían hecho más que empezar."

"Amordazado y esposado el bachiller, los penitentes, divididos en dos grupos, se separaron al pie del tablado, los indultados, formados y flanqueados por familiares de la Inquisición, iniciaron el camino de regreso a la cárcel, entre las vallas, con sambenitos aspadados y velas verdes encendidas, mientras los condenados a muerte, con cordeles infamantes al cuello, en señal de menosprecio, iban encaramándose, uno a uno, en borricos preparados al efecto, desde el último descansillo de la escalera para dirigirse al cadalso, por el angosto camino que abrían los soldados entre la multitud, colocando horizontalmente sus alabardas."

La vida de El Negro

El tumor de la muchachita en estos momentos y tratado como el hermano del mar. El tratamiento no parece afectado por la situación. Toda la progresión de que, sin embargo, no sería capaz de volver a la vida. El tratamiento innovador, los papados cortados, apoyado en el brazo de un familiar, desdoblado y miró. De nuevo se incorporó el segundo familiar y, entre otros, se levantó sobre la familia de la escuela y se trasladaron en un vaso a su lugar en el tablado. Los papados según cortados pero sus ojos cubiertos estaban llenos de lágrimas. Se acata veían, con unido, desgastado. Como ya se muestra, Señor, señor, pero su humillación ante la crueldad inhumana del pueblo. Era esta humillación los que sufrían la tesis y, en realidad, no había hecho más que empezar."

"Amorizado y espasmo el bailar, los penitentes, divididos en dos grupos, se separan al pie del tablado, los indios, formados y flaqueados por familias de la Indígena, lucieron al camino de regreso a la cárcel, entre las vallas, con sandalias apadas y veías verdes encendidas mientras los condenados a muerte, con cordeles infames al cuello, en señal de reconocimiento iban encamandose, uno a uno, en boricos preparados al efecto, desde el último descenso de la escuela para dirigirse al castaño, por el camino que atravesaban los soldados entre la multitud, colocando horizontalmente sus alabardas."



10. LA PRÉDICA DEL DR. CAZALLA

La iglesia de Santiago

Esta iglesia, construida y adornada con dinero de banqueros a principios del s. XVI, fue parroquia del barrio de Santa María, que se extendía al este de la calle Santiago, llamado también de la Morería por el gran número de artesanos y obreros de la construcción de origen morisco que allí vivían. En la época en que transcurre El hereje, el párroco se quejaba del poco interés de la población morisca por asistir a los oficios de esta iglesia en cuyo exterior aún puede verse un Santiago Matamoros cabalgando sobre tres cabezas cortadas. De amplia nave, podía dar cabida a los muchos vallisoletanos que se sentían atraídos por los sermones del Doctor Cazalla.

"Así se enteró Salcedo de la existencia del doctor Cazalla, un hombre de palabra tan atinada que el Emperador, en sus viajes por Alemania, lo había llevado consigo. No obstante, Agustín Cazalla era vallisoletano y su regreso a la villa provocó un verdadero tumulto. Hablaba los viernes, en la iglesia de Santiago llena a rebosar, y era un hombre místico, sensitivo, físicamente frágil. De flaca constitución, atormentado, tenía momentos de auténtico éxtasis, seguidos de reacciones emocionales, un poco arbitrarias. Mas Cipriano le escuchaba embebido, lo que no impedía que a su vuelta a casa le invadiera un cierta desazón."

"La gente abandonaba el templo comentando las palabras del Doctor, sus ademanes, sus silencios, sus insinuaciones, pero don Fermín Gutiérrez, más agudo e informado, siempre aludía al fondo erasmista de sus pláticas. Cipriano pensó si no sería este fondo lo que le inquietaba."

HO. LA PREBICA DEL DR. CASALLA

La Iglesia de Santiago

Esta iglesia, construida y decorada con dinero de los señores a principios del s. XVI, fue por un tiempo del barrio de Santo Mingo, que se extendía en este de la calle Santiago, cuando todavía de la Misericordia por el gran número de enfermos y obreros de la construcción de algunas casas de esta villa. En la época en que transcurrió El Berrío, el párroco se pagaba del poco interés de la población morosa por asistir a las oficias de esta iglesia en cuyo exterior aun puede verse un Zócalo de mampolenas cubiertas sobre tres cabezas coronadas. En aquellos años, podía ser común a los mampolenas velleolarios que se sentaban en las gradas por los sermones del Doctor Casalla.

Así se encontró Salgado de la existencia del doctor Casalla, un hombre de palabras tan abundantes que el francés, en sus viajes por Alemania, lo había llevado consigo. No obstante, Agustín Casalla era velleolario y se regresó a la villa precedido un verdadero tumulto. Había los viernes, en la iglesia de Santiago lleva a robar, y era un hombre místico, sensitivo, fuertemente febril. De fina constitución, atormentado, tenía momentos de auténtico éxtasis, seguidos de reacciones convulsivas, un poco arámbulas. Mas Cipriano lo escuchaba embobado, lo que no impedía que a su vuelta a casa le invadiera un cierto desazono.

La gente escuchaba el templo conmovido las palabras del Doctor, sus ademanes, sus silencios, sus insinuaciones, pero don Fermín Gutiérrez, más agudo e informado, siempre andaba al fondo escrutando de sus palabras. Cipriano pensó si no sería esto fondo lo que le interesaba.

11. EL QUEMADERO

La Plaza Zorrilla

La Puerta del Campo era la que se utilizaba para salir a la ciudad en dirección a Puente Duero, y junto a ella estaba la Mancebía de la Villa, con sus "mujeres de buena voluntad" a las que acudió don Bernardo Salcedo antes de decantarse por una "mantenida". Las casas del lugar alquilaban sus ventanas y balcones a los vallisoletanos acaudalados para contemplar con más desahogo las quemas de herejes que, como la del Auto de Fe de 1559 novelado por Delibes, atraían a una multitud de curiosos de toda condición para presenciar el espectáculo.

"Fuera ya de la Puerta del Campo, la concurrencia era aún mayor pero la extensión del campo abierto permitía una circulación más fluida. Entremezclados con el pueblo se veían carruajes lujosos, mulas enjaezadas portando matrimonios artesanos y hasta una dama oronda, con sombrero de plumas y rebocinos de oro, que arreaba a su borrico para mantenerse a la altura de los reos y poder insultarlos. Mas a medida que éstos iban llegando al Campo crecían la expectación y el alboroto. El gran broche final de la fiesta se aproximaba. Damas y mujeres del pueblo, hombres con niños de pocos años al hombro, cabalgaduras y hasta carruajes tomaban posiciones, se desplazaban de palo a palo, preguntando quién era su titular, entretenían los minutos de espera en las casetas de baratijas, *el tiro al pimpampum* o *la pesca del barbo*. Otros se habían estacionado hacía rato ante los postes y defendían sus puestos con uñas y dientes. En cualquier caso el humo de freír churros y buñuelos se difundían por el quemadero mientras los asnos iban llegando. El último número estaba a punto de comenzar: la quema de los herejes, sus contorsiones y visajes entre las llamas, sus alaridos al sentir el fuego sobre la piel, las patéticas expresiones de sus rostros en los que ya se entreveía el rastro del infierno.

Desde lo alto del borrico, Cipriano divisó las hileras de palos, las cargas de leña, a la vera, las escalerillas, las argollas para amarrar a los reos, las nerviosas idas y venidas de guardas y verdugos al pie. La multitud apiñada prorrumpió en gran vocerío al ver llegar los primeros borriquillos. Y al oír sus gritos, los que entretenían la espera a alguna distancia echaron a correr desalados hacia los postes más próximos. Uno a uno, los asnillos con los reos se iban dispersando, buscando su sitio."

II. EL QUINTABURO
La Plaza Vieja

La Plaza Vieja en el Campo era la que se utilizaba para salir a la ciudad en dirección a Puerto Bueno y junto a ella estaba la plaza de la Villa, con sus "mejores de buena voluntad" y las que vendían los productos agrícolas antes de llevarlos a la ciudad. Las cosas del lugar circulaban sus ventas y compras a los vendedores acostumbrados para conseguir con más facilidad los productos de mejor que, como la del año de 1559, noventa por ciento, cuando a una reunión de curules de toda condición para presentar el espectáculo.

"Fueron ya de la Plaza del Campo, la concurrencia era aún mayor pero la extensión del campo abierto permitía una circulación más libre. Entremezclados con el pueblo se veían curules jóvenes, niñas esquivadas por los muchachos artesanos y hasta una danza grande, con sonidos de timbales y tambores de oro, que atraía a su entorno para mantenerse a la sombra de los techos y poder respirar. Más a medida que estos iban llegando al Campo creían la expectativa y el alboroto. El gran broche final de la fiesta se aproximaba. Danzas y músicas del pueblo, hombres con trajes de colores vivos, espadas y bastas curules tomaban posiciones, se desfilaban de palo a palo, preguntando quién era su rival, empujaban los minutos de espera en las casas de jugar, al fin al amanecer o la parte del día. Uno se había estacionado hacia uno de los postes y dejaban sus personas con una y diez. En cualquier caso, como de tres cuartos y después se dividían por el cuadrado mientras los años iban pasando. El último minuto estaba a punto de comenzar, la plaza de la fiesta, sus canciones y visajes entre las llamas, sus alaridos al sentir el fuego sobre la piel, las patéticas expresiones de sus rostros en los que ya se entreveía el rostro del infierno.

Desde lo alto del portico, Cipriano divisó las hileras de palos, las curules de jera, a la vez, las escaleras, las agujas para marcar a los reos, las arboledas altas y verdes de guapas y verdugas al pie. La multitud seguía promoviéndose en gran vociferio al ver llegar los primeros portulacos. Y al oír sus gritos, los que entraban se espanta a alguna distancia, echaban a correr desahogados hacia los postes más próximos. Uno a uno, los sanitos con los reos se iban disponiendo, pasando a su sitio."

10

11

